

## ANTES DE LA PATERA

**Carla Fibla en La Vanguardia**  
**Asociación Pro Derechos**  
**Humanos de Andalucía**  
**Mayo/05**

Os he visto antes, ¿en Gurugú?, ¿en Tánger?... No, fue en el centro de detención de El Aaiún (Sahara Occidental)", nos inquirió un joven que acababa de asearse en una fuente cercana. Mohamed pasó 14 días en una habitación insalubre donde le conocimos el pasado agosto. Le había detenido la Gendarmería Real marroquí en el desierto, cuando su grupo ya había construido la patera con la que estaba a punto de salir hacia Fuerteventura. Días después de que nos relatase su historia e insistiera en que volvería a intentarlo fue expulsado por la frontera argelina. Los periplos de estas personas son circulares; la nueva política de lucha contra la inmigración clandestina en Marruecos ha reducido la llegada de pateras a las costas españolas y aumentado las expulsiones por la frontera de Argelia.

Los subsaharianos que sobreviven en Maghnia, última ciudad argelina antes de la frontera por el norte del país con Marruecos, están al corriente de que Bruselas otorgó recientemente 40 millones de euros a Marruecos y de que desde entonces el país magrebí ha iniciado una dura campaña de represión policial, con redadas sistemáticas y vigilancia de las fuerzas auxiliares durante las 24 horas del día en campamentos como Benyunes (junto al perímetro fronterizo de Ceuta) para agotarles psicológicamente. Por eso, desde su situación de desamparo, se preguntan si Europa no está perdiendo la noción de lo que son los derechos humanos, porque en la frontera argelino-marroquí en torno a 2.000 personas carecen de derechos por su condición de ilegalidad y necesitan ayuda urgente de la comunidad internacional.

Argelia es una pieza fundamental en la travesía que miles de personas emprenden cada año en busca de una vida digna. En esa odisea tratan con mafias, con las gentes del camino, con organizaciones y con las fuerzas de seguridad que ejecutan las políticas de inmigración de sus gobiernos. Pero, ¿cómo llegan los inmigrantes subsaharianos a los montes Gurugú (junto a Melilla) o Benyunes (junto a Ceuta)? ¿Por qué para llegar a El Aioun se desplazan primero al norte de Argelia si para un subsahariano la frontera saharauí con Mauritania está a 800 kilómetros?

La respuesta es que la frontera entre Mauritania y el Sáhara Occidental está controlada además de por las policías de frontera marroquí y mauritana por los militares de la Minurso, la misión especial de la ONU que vigila que se mantenga la paz que el Frente Polisario y Marruecos firmaron en 1991.

En cambio, al nordeste del reino marroquí, su frontera con Argelia apenas está controlada, porque lleva 11 años cerrada oficialmente. En Maghnia, un lugar tranquilo y apacible, donde las garras de la violencia que devastó Argelia durante la guerra civil de los 90 apenas se hicieron notar, en torno a 200.000 personas conviven bajo el espectro del contrabando y la desesperación con sus vecinos de Uxda, la primera ciudad marroquí tras atravesar la frontera, casi olvidada por el Gobierno alauí.

La llegada de inmigrantes subsaharianos a la capital argelina se realiza, como ocurre también en Marruecos, bien por vía aérea -directamente en el aeropuerto de Argel-, bien por vía terrestre. Esta segunda opción supone cruzar por el norte de Mali, contactar con una mafia que te lleve hasta Tamanrasset, y de ahí a la capital.

En Argel, los inmigrantes se dirigen al céntrico barrio de la Kashba, donde son distribuidos según sus nacionalidades y posibilidades por toda la ciudad. Algunos son

trasladados directamente a los talleres clandestinos que, según organizaciones de ayuda humanitaria y de derechos humanos que trabajan en la zona, se ocultan en bajos y garajes. Otros toman un autobús en dirección a Orán, y otros empiezan a desempeñar los trabajos más duros del mercado.

Así fue como Yusef, un maliense de 32 años, casado y con cuatro hijos, llegó al importante puerto de Orán y se subió a un autobús destartalado en dirección a Maghnia. En los 170 kilómetros que separan ambas ciudades hay 12 controles de la policía y el ejército. Los superó y estuvo apenas unas semanas en el campamento fronterizo antes de probar suerte. Le cruzaron a Marruecos y se dirigió directamente a Rabat, donde conocía a gente que le podía decir la mejor manera de cruzar a España. "Viví en Takadum (un barrio de Rabat en el que los subsaharianos se ayudan entre ellos) tres meses. Ya había decidido que cruzaría a Ceuta para llegar a la Península. Pero una noche vino la policía para registrar la casa y me detuvieron junto a más de un centenar de personas. Nos expulsaron por la frontera argelina y nos las arreglamos para llegar hasta el campamento", relata Yusef.

Su historia es similar a la de muchos que deciden probar suerte. Hace ya 10 meses que abandonó a su familia y dejó su empleo de soldador. "En mi país no había trabajo y me fui a Costa de Marfil, pero empezó la guerra y tuve que regresar. Luego pensé que a lo mejor podría encontrar a alguien que me ayudara en Europa, para sacar adelante a mi familia", explica.

Camuflados en un clandestino -taxi sin licencia- llegamos al alargado campamento de los subsaharianos que se disponen a afrontar su penúltima etapa de viaje. En la carretera que lleva a la frontera, flanqueada por campos de naranjos y olivos, los inmigrantes salen a buscar leña, a rellenar los bidones de agua o a comprar alimentos a la ciudad. Al atardecer, algunos de ellos caminan hasta el locutorio. Los viernes, los musulmanes comparten espacio en la mezquita, mientras que los cristianos reciben la bendición de dos curas franceses que se desplazan a los campamentos.

En el campamento, diez guetos ordenados por nacionalidades conviven con una pseudo policía interna y una jerarquía estricta. A cada lado del camino se alinean las tiendas de cartón, recubiertas por plásticos, y al final de cada comunidad están los baños y el vertedero. "Compartimos el dinero para salir adelante. A veces los agricultores argelinos nos contratan unos días, o alguien ayuda a un señor a arreglar su coche", explica Simon mientras dos de sus compañeros juegan una emocionante partida de damas hechas de tapones de plástico. Pero, como explica Yusef, ese dinero nunca alcanza para llegar a Europa: "Necesitas parientes que te ayuden. Lo habitual es pedir prestado a alguien que ya está ganando dinero en Europa y cuando logramos cruzar y encontramos un empleo se lo devolvemos".